

# Perlas *de la* Madre de la Eucaristía

“MOVIMENTO IMPEGNO E TESTIMONIANZA MADRE DELL’EUCARISTIA” - AÑO XIX - N. 166

*Fiesta del Triunfo de la Eucaristía y de la ordenación episcopal  
de S. E. Mons. Claudio Gatti*

---



*“Dios te ha ordenado Obispo, te ha dado la plenitud del sacerdocio. Tú eres sacerdote in eterno según el orden de Melquisedec, tú tienes el episcopado dado por Dios, porque siempre has amado a la Iglesia, a los hombres de la Iglesia y a las almas que Yo he salvado con mi muerte. El que ama acepta la orden de Dios. Dios no ha dicho: “eres libre de aceptar o no aceptar”, Dios ha dicho: “Te ordeno Obispo”. (De la carta de Dios, 27 junio 1999)*

## En este número...

*Homilía de S.E. Mons. Claudio Gatti del 11 junio 2006*

*Homilía de S.E. Mons. Claudio Gatti del 18 junio 2006*

*Homilía de S.E. Mons. Claudio Gatti del 20 junio 2006*

*Oracion pronunciada por S.E. Mons. Claudio Gatti del 18 junio 2006*



# Homilía del 11 junio 2006

## SANTISIMA TRINIDAD (AÑO B)

*I lectura: Dt 4, 32-34. 39-40; Salmo 32; II lectura: Rm 8, 14-17; Evangelio: Mt 28, 16-20.*

Cuando litúrgicamente se celebra la solemnidad de la Santísima Trinidad, yo creo que cada sacerdote en la homilía, teniendo que explicar el misterio, solo puede balbucear conceptos y expresar palabras; pero todo esto queda lejos de la realidad, porque no debemos olvidar, queridos míos, que estamos hablando de Dios que es infinito y no puede ser comprendido con el intelecto, por la inteligencia humana. El Señor, sin embargo, viene en ayuda de nuestra debilidad y nos permite comprender algo más sobre Él, sobre el misterio, también por medio de Teofanías y manifestaciones de Sí mismo que suceden a determinadas personas. Hoy celebramos Dios Uno y Trino y ya ante tal afirmación la mente humana vacila, porque no se puede conciliar la unidad con la Trinidad. En el Credo recitamos que el Hijo ha nacido del Padre, después hablamos del Espíritu Santo y profesamos nuestra fe en Él declarándolo Señor y Dios y afirmamos que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo. Habéis pronunciado muchas veces estas palabras y profesado esta fórmula, pero ¿qué habéis sentido y comprendido realmente? Dios nos hace comprender este altísimo misterio, aunque es posible que la inteligencia humana lo comprenda a través de manifestaciones. Estábamos de vacaciones, creo que era julio de 1992, cuando aún no habían empezado las apariciones para todos, la primera vez en la que Marisa me contó las manifestaciones de Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo a la que había asistido, una teofanía trinitaria. La misma Virgen ha contado algo sobre este evento que luego, en el transcurso de los años, se ha repetido de nuevo. Vosotros sabéis ante todo que Dios no puede ser visto por el hombre, nosotros podremos ver y gozar de Dios solo cuando estemos en el Paraíso. Jesús teniendo la naturaleza humana, por tanto un cuerpo humano, se manifiesta de manera visible, sensible a los hombres, pero el Padre y el Espíritu Santo, siendo puro espíritu, no se manifiestan porque el hombre es incapaz de tolerar la vista de Dios mientras está en la Tierra; entonces hay símbolos a través de los cuales Dios Padre y Dios Espíritu Santo se manifiestan, uno de estos, por ejemplo, es la paloma. No es un misterio, por ejemplo, que en Su infinita bondad la Santísima Trinidad se me haya manifestado también a mí; digo esto casi sonrojándome, pero también es un deber para mí informarlo porque ahora está escrito en los libros que hablan de las apariciones. Una vez vi una grandísima hostia en el cielo y en ella tres palomas luminosísimas, esto porque el Padre se quiso manifestar bajo la forma de paloma, el Espíritu Santo se manifestó bajo la forma de paloma y también Jesús se manifestó bajo la forma de paloma, justamente para indicar esta perfecta igualdad que hay entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Pero hay otra manera, y esta la ha visto Marisa varias veces, a través de la cual la Santísima Trinidad se manifiesta y tanto el Padre como el Espíritu Santo han tomado la apariencia de Jesús, así tuvo lugar la primera Teofanía Trinitaria a los ojos de Marisa. Ella vio a Jesús luminosísimo y después, esto lo ha recordado hoy la Virgen, vio salir del primer Jesús un segundo Jesús idéntico al primero, ni más pequeño ni más grande, sino perfectamente idéntico al primero e inmediatamente después, del primer Jesús, que es el Padre, salió Dios Espíritu Santo, siempre con la semejanza del primer Jesús. Esto significa: *"Nacido y procede"* y Dios nos ha hecho comprender este concepto a través de tales imágenes. En el Padre que es fuente de la divinidad está presente el Hijo y el Espíritu Santo que son diferentes y distintos de Él, pero iguales a Él. Al término de la teofanía trinitaria, Dios Espíritu Santo y Dios Hijo volvieron a entrar en el Padre para que comprendiéramos mejor este misterio. La Virgen ha recordado también que las tres Personas de la Trinidad son iguales pero distintas. Cuando estaban delante de Marisa Dios Hijo tenía los estigmas y Dios Espíritu Santo tenía en la mano una paloma, pero son modos a través de los cuales Dios se relaciona con el hombre para hacernos comprender algo de Su naturaleza, de Su ser divino.

Nosotros, como ya he dicho, podremos gozar de Dios en el Paraíso, pero cuando hablamos de Paraíso, y esto lo ha dicho también Juan Pablo II con mi gran alegría, no tenemos que pensar en un lugar, en un sitio físico como si hablásemos de otro continente, hablando del Paraíso tenemos que recordar: el Paraíso es igual a Dios. Por lo tanto, Dios es infinito y, en consecuencia, el Cielo es una realidad infinita porque se identifica con Dios. ¿Qué es el Paraíso? Es el disfrute de Dios, es la presencia de Dios, es la manifestación de Dios. Me doy cuenta que las mentes probablemente vacilan un poco pero, queridos míos, estoy hablando de una realidad infinita y me faltan también las palabras, me faltan los conceptos, no tengo las herramientas porque yo, limitado y finito, me estoy esforzando para indicaros una realidad que es infinitamente superior a mi ser y por tanto a mi entendimiento, pero, igualmente, infinitamente superior a vuestro ser y a vuestro entendimiento. Dios no puede ser visto mientras estemos en la Tierra, pero puede ser encontrado. Podemos encontrar al mismo Dios, Uno y Trino, que en todo su esplendor, en toda Su divinidad se manifiesta y es fuente perenne y eterna de felicidad para los ángeles y para los santos, en la Eucaristía, porque, recordad que, donde está el Padre, está el Hijo y el Espíritu Santo, donde está el Hijo está el Padre y el Espíritu Santo, donde está el Espíritu Santo está el Padre y el Hijo. De este misterio eucarístico, también inaccesible al entendimiento humano, podemos saborear su realidad por lo que Dios nos dice y Dios mismo nos ha hecho saber por medio de su madre, la Madre de la Eucaristía, que el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo están presentes en la Eucaristía. Lo absurdo de esto es que, entrando en las iglesias, vemos que son lugares de disipación y distracción, se pasa por delante del sagrario y, a veces, incluso los mismos sacerdotes no se inclinan reconociendo que se encuentran ante Dios Uno y Trino. Recordaréis que cuando Dios se manifestó a Moisés, a través de la famosa zarza ardiente que no se consumía, Moisés oyó que una voz salía de la zarza y le decía: *“Quítate las sandalias porque este lugar es santo y está santificado por Mi presencia”*. Cuando entramos en la iglesia no se nos pide que nos quitemos el calzado y que nos cubramos el rostro, pero tenemos que tener una actitud de respeto, de atención, porque estamos ante Dios y debemos tomar esta actitud, ante todo, los sacerdotes, exponiéndonos, si es necesario, también para hacer frente a las reacciones negativas de las personas a las que invitamos a ser educadas y respetuosas, porque están en presencia de Dios. Es en la Eucaristía que encontramos a Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo y, como he dicho y manifestado muchas veces, este estar delante de Dios no es estéril, porque, cuando nos ponemos delante de Dios y luego salimos de la iglesia, nos alejamos de Su presencia, pero no estamos exactamente en la misma situación en la que estábamos cuando entramos. Cada vez que estamos delante de Dios, Él introduce en nuestra alma gracias, luz, dones y fuerza; por tanto, si queremos ser hijos de Dios, debemos cultivar esta relación con una frecuencia, una presencia constante, porque nuestra conversión y transformación se llevan a su máximo potencial solo cuando estamos delante de Dios. Ahora comprendéis porque este milagro, que ocurrió hace seis años, exactamente el 11 de junio del 2000, no es solo un recuerdo, ahora fijado en una imagen, sino una realidad perpetuamente en acción y continuamente actuando. Vosotros, me refiero sobre todo a los que estáis cumpliendo la misión de ir a hablar con los sacerdotes, debéis tener la certeza que la fuerza, la luz, el valor, la claridad con que os enfrentáis y habláis a los sacerdotes, viene de la Eucaristía, viene de esta intervención de Dios que no ha terminado, no ha cesado, sino que continúa dando lugar a todo lo que los hombres necesitan para poder comprender a Dios, para poder hablar de Dios. También hay otra realidad que hay que subrayar: cuando la Eucaristía está en presencia de personas alejadas de Dios, que tienen el mal y el demonio dentro de su alma, estos tienen reacciones negativas. Entonces ¿por qué os sorprendéis si, a veces, hablando del milagro escucháis a sacerdotes que tienen reacciones negativas? No puede haber Dios y el demonio al mismo tiempo, es Jesús quien nos lo recuerda, o se ama al uno o al otro; si se ama a Dios se desprecia al demonio, pero si se sigue al

demonio el hombre se pone en situación de alejarse de Dios; no se pueden servir a dos señores, estas son las palabras de Jesús, no se puede servir a Dios y al Diablo, o al uno o al otro, por tanto es necesario e inevitable que haya reacciones.

*Hermanos, los que se dejan guiar por el Espíritu de Dios son hijos de Dios. Porque no recibisteis el espíritu de esclavitud para recaer de nuevo en el temor, sino que recibisteis el espíritu de hijos adoptivos, que nos hace exclamar: ¡Abba! ¡Padre! El mismo Espíritu da testimonio juntamente con nuestro espíritu de que somos hijos de Dios. Y si somos hijos, somos también herederos: herederos de Dios, coherederos de Cristo; si es que padecemos con él, para ser también glorificados con él. (Rm 8, 14-17).*

Hay corazones que están al lado de Dios, los corazones que sienten la relación con Dios como padre e hijo, como dice Pablo en el fragmento que acabamos de leer, que tienen en ellos el espíritu de Dios que permite, dirigiéndonos a Dios, llamarle Padre; por eso si en nosotros está presente Dios nos dirigimos a Él llamándole Padre, pero si en nosotros no está presente Dios, ¿cómo podemos pensar en volvernos a él? Nos dirigimos a su antagonista, entonces comprendéis ciertas reacciones. En lugar de alegrarse, en lugar de apreciarlo os habéis encontrado ante personas que han negado la evidencia, han llegado, además, a profanar la Eucaristía diciendo que el demonio puede hacer milagros, que aquella efusión de sangre es obra del demonio, como si el demonio pudiese ser más fuerte y poderoso que Dios. Todo se entiende, todo se comprende cuando estamos en la luz de Dios, el bien comprende el bien, el bien rechaza al mal, quien está con Dios lucha contra el mal, quien lucha contra Dios se vuelve esclavo del mal y llega a aberraciones de pensamiento y de acción que son verdaderamente sorprendentes. Vosotros seguid adelante con confianza, avanzad con serenidad, todos podemos encontrar a Dios en la Eucaristía y tenemos que defender este misterio que se nos ha manifestado. Debemos seguir el ejemplo de la Virgen. Si pudierais ver lo que ha visto nuestra hermana tantas veces, es decir, la actitud de la Madre de Dios, de la Madre de la Eucaristía cuando se encuentra ante la Eucaristía. Tiene un recogimiento profundo, toma una actitud extremadamente serena y ésta es una gran y sabia enseñanza para nosotros. Cuántas personas en el pasado dijeron: *“Durante la misa la Virgen me ha dicho..., la Virgen me ha revelado...; la Virgen me ha hablado...”*, pero la Madre de la Eucaristía siempre ha dicho: *“No soy yo, no hablo cuando está Jesús, yo no digo nada cuando hay Misa, sino que junto a vosotros participo en la Misa y me inclino ante mi Hijo, porque, sí, es mi Hijo, pero también es mi Dios”*. Estas son las enseñanzas que hemos recibido pero que no solo son nuestras y que con sencillez damos a todos. Pongámonos también nosotros detrás de la Madre de la Eucaristía y adoremos en silencio, dentro de poco, a Dios Padre, Dios Hijo, Dios Espíritu Santo, Dios Uno y Trino, realmente presente en la Santísima Eucaristía.

Sea alabado Jesucristo.

# Homilía del 18 junio 2006

## CORPUS DOMINI (AÑO B)

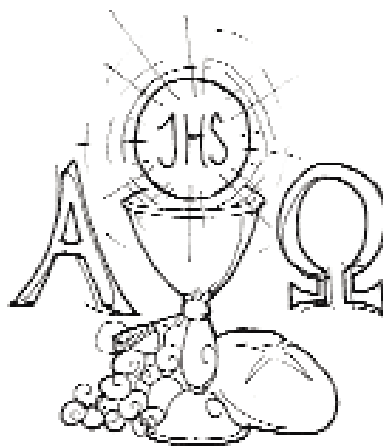
*I lectura: Es 24,3-8; Salmo 115; II lectura: Heb 9,11-15; Evangelio: Mc 14,12-16.22-26*

**H**oy os invito, con afecto, a que os coloquéis ante el Cenáculo para mirar bien lo que ocurre o sentir lo que se dice. Eucaristía y sacerdocio son dos realidades distintas pero interdependientes entre ellas. No puede haber Eucaristía sin sacerdocio, cuya principal función es la de hacer presente a Jesús Eucaristía. Al inicio de la historia de la Iglesia, a estas dos realidades distintas, el Señor ha querido añadir una tercera realidad: la del apostolado. Por tanto nos encontramos ante una trilogía: Eucaristía, sacerdocio, apostolado. El apóstol es el que es llamado e invitado por Cristo y los once tienen esta característica, han sido llamados e invitados a predicar a todas las gentes. Son apóstoles pero, al mismo tiempo, son ordenados obispos por el Señor. Deseo aclarar una vez más que Dios, para ordenar un obispo, no tiene necesidad ni de recitar fórmulas, ni de imponer las manos, ni de hacer ningún rito litúrgico porque es más que suficiente Su voluntad, a través de la que manifiesta el poder con el cual realiza determinadas acciones. De los cuatro evangelios, solo en el de Lucas se encuentran las palabras con las que Jesús instituyó el sacerdocio, después de haber instituido la Eucaristía. Ni Mateo, ni Marcos repiten: *"Haced esto en memoria mía"* y, además de Lucas, solo Pablo, en la primera carta de los Corintios, evidencia la institución del Orden. Juan no habla de ello y ni siquiera habla de la institución de la Eucaristía porque han hablado de ello los anteriores Evangelistas pero se ha centrado en la promesa de la institución de la Eucaristía. Creo que Mateo y Marcos no lo mencionaron porque era tan evidente para las personas a las que se les dirigía la predicación de los apóstoles que no había necesidad de enfatizar la institución del sacramento del Orden varias veces, en el día y en el momento de la institución de la Eucaristía.

Cristo se reservó para Sí mismo el hecho de realizar pocas y precisas ordenaciones episcopales, ordenó a los once y a Pablo, pero os habéis dado cuenta de cuantas interpretaciones hay y, diría, que también hay ignorancia, por desgracia, en los sacerdotes respecto a que haya consagrado obispo a Pablo. Después de veinte siglos, debo hablar con rubor porque miro mi indignidad, pero también con vehemencia porque también en esto trato de imitar a Pablo que, toda su vida, tuvo que luchar para que se le reconociera como obispo. No creo que tenga que luchar toda la vida para que se me reconozca como obispo, pero el próximo martes es el séptimo aniversario de esta ordenación y, hasta hoy, son siete años que estoy luchando, y vosotros conmigo, para que se reconozca esta gran y tercera intervención de Dios. Cristo ha ordenado pocos obispos porque esta era Su voluntad. Podemos deducir los que fueron ordenados obispos de los once y sabemos que, Pablo, ordenó obispo a Tito y Timoteo y que, el Obispo ordenado por Dios, en el siglo veinte, se le ha dicho: *"Tú ordenarás muchos otros obispos"*. Cuando los sacerdotes hablan de sucesión apostólica y del sacramento, siempre se puede objetar que, en lo que se refiere a la intervención humana, hay necesidad del sacramento pero, por lo que se refiere a la intervención de Dios, el Señor es superior a los sacramentos por lo que puede dejar de hacerlo para cumplir Su voluntad, y ésta es una teología perfecta.

Sacerdocio, Eucaristía, apostolado: en la oración inicial he dado gracias a Dios porque continúa asistiendo a su Iglesia enviando apóstoles como lo ha hecho en los siglos que han seguido a la fundación de la Iglesia, porque cuando ha habido algún peligro grave en ella, y ha ido encontrando situaciones críticas, Dios siempre ha intervenido y siempre la ha asistido directamente o a través de personas a las que ha llamado. Los apóstoles tienen necesidad de la fuerza que viene de la Eucaristía: *"Pégate a la Eucaristía, pégate al sagrario y Yo te daré la fuerza para seguir adelante"*, me dijo Jesús, sobre todo en el momento del sufrimiento y de la prueba. El Señor no quita las luchas y no quita el cansancio pero da la fuerza para superar todo esto. Creedme, si no hubiera tenido la ayuda de Dios, ningún organismo humano, por muy joven, robusto y fuerte que fuera, habría podido sostener las luchas, sufrimientos y maldades tan fuertes que, ciertamente, habrían aplastado a personas más jóvenes, más fuertes y más robustas que yo.

Al inicio de la homilía os he invitado a ponerlos en una situación de escucha: ver, gustar, asimilar e introducir en vuestro corazón. Mirad con cuanto cuidado Jesús preparó la Pascua, no porque fuese la última que él celebraba con sus apóstoles sino porque sería la Pascua más importante de Su vida, en la que Jesús instituiría la Eucaristía. Los apóstoles tuvieron una preparación metódica, precisa y detallada, por parte de Cristo, respecto al sacramento de la Eucaristía, no se encontraron aturdidos y desprevenidos, como a veces se describe por el pincel de algunos pintores, sino que eran conscientes de lo que Cristo estaba haciendo. Cuando el Señor llama a un apóstol a desarrollar un trabajo Suyo, antes le prepara durante largos años, tal como fue para Pablo y para otros que conocéis. Por tanto, también los primeros apóstoles, los que en un cierto sentido tienen más derecho al apelativo de apóstoles, tuvieron de Cristo una preparación tal por la que, cuando llegó el momento, lo vivieron con particular emoción y conmoción pero ninguno más que la Virgen vivió el momento de la institución de la Eucaristía y, ciertamente, en su corazón y en su mente, resonaron aquellas palabras que el pequeño Jesús, en el día de la circuncisión, dijo a Su Madre: *"Tú eres Madre de la Eucaristía"*, palabras que, solamente ella oyó, porque solamente a ella le fue dado el privilegio de oír hablar a su hijo e Hijo de Dios. Estas palabras resonaron en el corazón de la Virgen de manera fuerte e impetuosa y, mientras Jesús instituía el sacramento, ella ciertamente rezaba por todos los que luego repetirían el gesto sacramental de celebrar la Eucaristía. La Madre de la Eucaristía rezó por todos los sacerdotes de todos los tiempos y yo me veo entre ellos y, por tanto, me siento apoyado por su oración tan fuerte y poderosa ante Dios. Tenemos que tratar de seguir adelante con el mismo valor de los apóstoles. Cuando Jesús dio el mandato a los apóstoles ya no estaba Judas, ciertamente no podía ordenar obispo a quien le traicionaría y esto es un gran consuelo pero a los largo de los siglos, por desgracia, las traiciones en el interior de la Iglesia se han repetido y, todavía hoy, ocurren por parte de muchos eclesiásticos de altos cargos, de algunos de los cuales conocéis el nombre y apellido y sobre ellos extendiendo un velo de silencio, piedad y conmiseración.



Volvamos al momento de la institución de la Eucaristía. Mirad a la Virgen, aprended de ella, pedidle el amor fuerte a la Eucaristía, ella adora a su hijo presente bajo las apariencias del pan y del vino, reza por todos sus hijos y es esto lo que nosotros debemos ver, que tenéis que conservar, que yo ofrezco a vuestra reflexión y a vuestro compromiso. Unámonos en la oración por todos los sacerdotes. Algunos de vosotros están realizando la misión de la que ha hablado muchas veces la Virgen y de la que ha hablado el mismo Jesús, también hoy. Esta misión también tiene su fuerza, que se remonta a veinte siglos atrás porque la Madre de la Eucaristía ciertamente oró por esta misión que, en los designios de Dios, tiene una importancia única y particular. Tenéis que sentirnos verdaderamente los apostolitos, a vosotros se os ha confiado la misión de ir y encontraros con los sacerdotes, también vosotros habéis recibido un mandato. Sois apóstoles, pero yo os llamo apostolitos, para que no podáis dejaros llevar por el más mínimo pensamiento de presunción y orgullo, sino que viváis el compromiso que estáis llevando a cabo de la manera más sencilla, más modesta y más humilde posible. Este es un compromiso importante que, ya está llegando a su conclusión. De hecho, os he dicho que, algunos días antes del 29, tiene que finalizar y cada uno de vosotros podrá repetir estas hermosísimas palabras de Cristo: *“Todo está cumplido”*. Habréis hecho lo que teníais que hacer, después retiraos sin pretender reconocimiento, sino simplemente, sentíos siervos inútiles, porque esto nos ha enseñado el Señor, siendo solo Él el indispensable y necesario. Con este espíritu vivid estos últimos días de la misión y rezad.

Os confío, solemnemente, de ahora en adelante, el mandato de rezar por la Iglesia de Roma y la diócesis de Roma. Nos han acusado de fomentar un cisma, una herejía en el interior de esta Iglesia particular y de esta diócesis, sin embargo no saben que estamos dando sangre, lágrimas, sufrimiento, amor y compromiso para el renacimiento de esta Iglesia. Si renace Roma, renacerá toda la Iglesia pero si Roma no renace, la iglesia no renace. Por tanto, sentid sobre vuestras espaldas la responsabilidad también de las demás iglesias porque, de este modo, demostráis que amáis a la Iglesia, Una, Santa, Católica, Apostólica y Romana, instituida por Cristo pero a menudo mal servida y, peor aún, mal gobernada por los hombres. A pesar de esto, sigamos adelante escuchando las palabras de Cristo: *“Yo he vencido al mundo”*. Cuesta llevar a cabo la misión que el Señor nos ha confiado y no sé si habéis comprendido algo que hoy ha dicho Jesús y que se refiere a Marisa: también ella ha ido a cumplir esta misión pero ha encontrado obstáculos más bien pesados, más duros y más graves que los vuestros y creo que habréis comprendido también hasta donde han llegado estos que se han sentido repudiados, descubiertos y, en consecuencia, han reaccionado, uno en particular, con ferocidad diabólica y malicia satánica pero el triunfo es de Dios y la frase de la Madre de la Eucaristía: *“Caerán como bolos”*, empieza a realizarse. Jesús Eucaristía, te amamos y te seguimos porque hemos descubierto lo importante que es estar cerca de Ti. No permitas nunca que ninguno de nosotros se separe de Ti, y ayúdanos a vivir día a día en unión fuerte e indisoluble contigo, porque Tú eres el Camino, la Verdad y la Vida.



# Homilía del 20 junio 2006

PENTECOSTÉS (AÑO B)

---

*I lectura: 1Re 21, 17-29; Salmo 50; Evangelio: Mt 5, 43-48*

**S**i alguien, antes de 1971, me hubiese deseado que me convirtiera en obispo, en aquellos años lo hubiera creído porque, humanamente hablando, tuve varias oportunidades para emprender la carrera eclesial que antes o después llegaría, como lógica conclusión, al episcopado. En los años siguientes, de 1971 a 1998, por el contrario, consideré una locura la idea de ser obispo porque desde el punto de vista humano no había ninguna condición.

Cuando el 26 de julio de 1998 Jesús me anunció que sería obispo, no pude decirle que se había vuelto loco o deliraba. He creído ciegamente, como siempre lo he hecho; tenía solo la duda sobre quien me nombraría y como sería el nombramiento. Casi tomo prestadas las palabras de Juan Pablo I, cuando dijo que la mañana que fue a votar en el cónclave nunca hubiera imaginado que sería nombrado Papa; así que yo tampoco me hubiera permitido nunca pensar que Dios mismo me hubiera ordenado obispo, porque todo esto no encajaba en mis categorías mentales.

El 25 de abril de 1999 estábamos fuera de Roma, en casa de Nadia, que está aquí presente y lo puede testificar. Ocurrió una aparición imprevista de la Madre de la Eucaristía que, dirigiéndose a mí, anunció: *“Dios me ha dicho que al finalizar la guerra, si los hombres no cambian, Te ordenará directamente y personalmente Obispo”*.

Vayamos al 20 de junio de 1999. Las obras de Dios se realizan sin son de fanfarria, sin alabanzas, sin himnos, sin cánticos; todo ocurre de manera silenciosa. Jesús nació en silencio, murió en silencio, resucitó en silencio e instituyó la Eucaristía en el silencio, con pocas personas: ésta es la característica de Dios. Su estilo no decayó ni siquiera en esta intervención suya que definió como única después de la ordenación de los apóstoles e irrepetible en toda la historia de la Iglesia. Aquel día solo yo comprendí cuanto fue dicho y en esto fui un buen profeta. De hecho, estaba seguro de que una ordenación realizada desde lo alto, en lugar de garantizar serenidad y alegría porque era un don de Dios a su Iglesia, suscitaría toda esa oposición que aún persiste siete años después.

También vosotros habéis tenido la posibilidad y la ocasión de daros cuenta de esto al encontraros con los sacerdotes. Recuerdo que diversas veces yo mismo, alguna vez también Marisa, hemos preguntado a la Virgen el motivo de esta ordenación, para qué serviría sino para ponerme en una situación difícil de choque con los obispos y con los sacerdotes. Y la respuesta es esta: cuando el Señor encomienda una misión, también da toda la ayuda necesaria para que se lleve a cabo hasta el final.

Y, en este caso, a su divina voluntad e omnisciencia le ha parecido indispensable la gracia del episcopado. El sacerdocio es el segundo escalón del orden sacro, de hecho primero está el diaconado, después el presbiterado y luego el episcopado. Con solo la gracia que brota del ministerio sacerdotal, no en toda su plenitud, no habría tenido aquella fuerza necesaria para llevar a cabo la misión.

Dios prepara sus obras en silencio y hace partícipes solo a quien quiere y cuando quiere. De hecho, ni siquiera yo, que era el directo interesado, he sabido esta realidad episcopal hasta un año antes.

Ciertamente también esto entraba en uno de los secretos que Marisa tuvo que guardar celosamente. Puedo afirmar que este episcopado no habría existido si no hubiera sido por su inmolación y su condición de víctima.

También de esto he tenido hoy la ocasión de agradecerle varias veces, aunque todo esto la avergüenza, es justo y correcto que el agradecimiento se exprese públicamente.

Este episcopado y su inmolación y su sufrimiento están estrechamente unidos.

La Virgen, hoy, ha afirmado que yo soy la causa principal, no la culpa, de los sufrimientos de Marisa. Ella sufre voluntariamente porque sabe que su inmolación es en beneficio de mi episcopado y de alguna otra cosa que vendrá después. Por lo tanto es un episcopado estrechamente ligado a su rol de víctima.

Ahora puedo revelar, y a alguno ya se lo he dicho, cuál es el motivo por el cual había sugerido el 29 de junio como día de partida de nuestra hermana Marisa para el Paraíso; Jesús me cogió de sorpresa cuando el domingo pasado reveló públicamente este deseo mío. Os explico el motivo de tal elección. El próximo 15 de julio, el día de mi cumpleaños coincide con el treinta y cinco aniversario de mi primer encuentro con Marisa. El 20 de junio es el día del cumpleaños de Marisa, así había pedido al Señor que mi ordenación episcopal ocurriese en esta fecha que nos compete personalmente, signo de nuestra unión espiritual. Y vosotros sabéis que Jesús mismo dispuso que la fiesta de mi ordenación episcopal se celebrara el 29 de junio; así que me habría gustado que cada año en el día en el que celebraría el episcopado, celebrara también su justo premio, su justa recompensa en el Paraíso.

Pero como siempre ocurre, no sé si Dios aceptara todo esto. Lo que sé, y es la primera afirmación que ha hecho hoy la Virgen, es que Marisa tendrá que sufrir todavía mucho; por tanto, su rol de victima tendrá que continuar todavía aunque está exhausta y cansada. Ella está dispuesta a aceptar, heroicamente, esta inmolación y sufrimiento por el Obispo ordenado por Dios, el cual, a su vez, tendrá que trabajar para que la Iglesia renazca.

Deseo celebrar esta S. Misa exclusivamente por Marisa. Es un modo para decirle gracias, de manifestarle mi gratitud; y es también un modo para pedir al Señor que sea esta la fecha para su partida, junto a la Madre de la Eucaristía, a la abuela Yolanda y a todos los otros amigos nuestros que están en el Paraíso.

Luego, como he dicho durante la aparición, si esto no tuviese que ocurrir, estamos dispuestos a hacer la voluntad de Dios. Este es un regalo más precioso que el que le hice ayer, es la S. Misa que va acompañada también por las oraciones de todos los participantes. Os invito a todos a escuchar y participar de esta celebración eucarística con esta intención. Ciertamente cada uno de vosotros aquí presente tiene diversos motivos para dar gracias a nuestra hermana, motivos de orden espiritual, físico y material. Y aquí pues, como para nosotros la oración es lo máximo que podemos dar, se ofrecerá por ella.

Esto es cuanto os tenía que decir, esto es cuanto confío a vuestras oraciones y a vuestro corazón. Han transcurrido siete años de episcopado, cuantos le seguirán solo Dios lo sabe. Una cosa es cierta, se me ha dicho que yo no me jubilaré nunca sino que seré Obispo hasta el final, esta es la voluntad de Dios. Además, ordenaré muchos otros obispos y creo que sería maravilloso empezar en la Iglesia una nueva serie de ordenaciones de manera que se interrumpa, incluso siendo válida, aquella cadena de ordenaciones episcopales en las que hay varios anillos podridos, llenos de herrumbre que hay que reponer absolutamente. Esto solo puede ocurrir con la ayuda de Dios y la asistencia de su gracia. Bueno, esto es todo.

Pensad en lo bueno que es el Señor. Hoy he pedido a la Virgen; *“Ya que has pisado tantas veces la cabeza de la serpiente, ¿por qué no pisar también a aquella serpiente de Ruini?”* Sí, he pedido esto y la respuesta no podía ser diferente. Este no es el estilo de Dios, el demonio es una cosa, los hombres otra. Todo este tormento acabará con la muerte de Ruini y de Benedicto.

Espero que antes que vengan luchas y enfrentamiento dentro de la Iglesia ocurran otras cosas, también porque el Señor ha atribuido mucha importancia a vuestra misión, ha dicho que ha sido muy importante y positiva. No nos detengamos sobre los casos que hayan sido negativos y es normal porque hay sacerdotes masones, pedófilos, homosexuales, heterosexuales, sacrílegos, excomulgados y aún más. Después, sin embargo, Dios tendrá que poner en marcha un mecanismo por el cual ciertamente tendremos resultados muy positivos.

Alabado sea Jesucristo.



*Tú has ordenado obispo a Pedro, Tú has ordenado obispo a Pablo, Tú me has ordenado a mí, tu humilde siervo, igualmente obispo como ellos.*

*Así pues, queridos hermanos en el episcopado, dadme vuestra fe, vuestro ardor, vuestra ansia por la Iglesia, vuestro deseo de poneros al servicio de todos, para que yo pueda seguir vuestras huellas y teniendo a uno de vosotros de una parte y el otro de la otra, juntos caminar hacia nuestro Jesús, nuestro Hermano, nuestro*

*Salvador, nuestro Mesías, el que nos ha llamado a ser ministros de la Palabra, ministros de la Eucaristía en la Iglesia que Él ha fundado y que continua gobernando a pesar de que los hombres han intentado destronarlo como tú, Pablo, que antes perseguiste a Jesús. Jesús es poderoso y está en Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad y nosotros doblamos las rodillas y nos inclinamos y decimos: "Tú eres Jesús nuestro Dios, nuestro Hermano, verdadero Hombre, verdadero Salvador".*

*Amén y Aleluya.*

*(De la oración formulada por S.E Mons. Claudio Gatti el 29 giugno 2008)*



# Oración pronunciada por S.E. Mons. Claudio Gatti

18 junio 2009 - CORPUS DOMINI

---

**“C**uando llame a Tu puerta, no pronunciaré mi nombre; no hay necesidad porque Tú me has seguido, me has amado, me has conocido durante toda la vida y por lo tanto no te soy extraño”.

Oh Señor, aunque estas palabras no son justamente las exactas de un canto que nos es familiar, el concepto es de todos modos muy claro: entre amigos no se hacen presentaciones, sino que simplemente se abrazan. No diré mi nombre, porque Tú me conoces, pero pronunciaré solo una palabra: “Gracias”.

En esta pequeña y sencilla palabra está encerrada toda la gratitud y el reconocimiento por todo lo que Tú, oh Señor, has realizado y dado a la humanidad entera.

Yo me siento pequeño, pero en este momento creo poder afirmar que, para la misión que me has confiado, puedo representar a la Iglesia entera: su jerarquía y sus fieles.

Yo, Señor, te digo gracias, gracias porque te has dado Tú mismo a nosotros en el admirable sacramento de la Eucaristía.

Gracias porque nos has dado la posibilidad a nosotros los hombres, a través del sacramento del Orden, de hacerte realmente presente en Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad en cada rincón de la tierra y en cada momento de su historia.

Gracias, oh Señor, porque en estos siglos Tú has afirmado siempre Tu soberanía sobre la Iglesia, de la cual eres el fundador y cabeza. No has abdicado nunca de este poder Tuyo: lo has ejercido y continúas haciéndolo de maneras diferentes, directamente gracias a Tus intervenciones e indirectamente con Tus ministros fieles. En ahí porque, Señor, la Iglesia es Tuya y permanece como tal. Ningún hombre, subrayo, ningún hombre puede gobernarla con autoridad propia, sino solo como ejercicio y mandato de Tu autoridad.

Gracias, Señor, porque a lo largo de los siglos has continuado llamando también a nuevos apóstoles. Sabemos, de hecho, que has escogido otros además de los que Tú has llamado a lo largo de las calles de Palestina y a los cuales has reservado momentos, noches, días de evangelización, catequesis y enseñanza. Gracias, Señor, porque también a través de los apóstoles de nuestro tiempo nos haces sentir Tu presencia.

El Espíritu sopla donde quiere y nadie puede detenerlo. Eh ahí porque los apóstoles indican que Tú estás presente.

Oh Señor, Tu Iglesia Te ha costado sangre y lágrimas como también a tus apóstoles, de los primeros a los últimos. Este es tu camino, pero es un camino que no termina en el Gólgota, sino que llega al Tabor, a la Transfiguración, a la manifestación de Tu poder, de Tu divinidad y Tú permites compartir tus triunfos con los que has llamado y que han sido fieles.

Gracias, Señor, por todo lo que has realizado y perdónanos si no hemos sido siempre conscientes de la grandeza y de la belleza de Tus dones.

---

*Movimento Impegno e Testimonianza “Madre dell’Eucaristia”*

*Via delle Benedettine, 91 - 00135 Roma, Italia*

*Tel. +39.06.33.80.587*

*Internet <http://www.madredelleucaristia.it>*

*Facebook: <https://it-it.facebook.com/MIT-Madre-dellEucaristia-135976513124957/>*

*E-mail: [mov.imp.test@madredelleucaristia.it](mailto:mov.imp.test@madredelleucaristia.it)*

